

Entre vivencias e ideales

Germán Iván Martínez Gómez



La vida? Qué es sino una larga sucesión de vivencias, prácticas individuales y colectivas que repiquetean la conciencia humana desde que ésta se piensa y concibe a sí misma. Las vivencias –el cúmulo de experiencias vividas y vivibles– forman parte de un todo que se dibuja amorfo y no representa sino una manifestación de vida pero que, simultáneamente, se proyecta como parte de la sintomatología inevitable de la muerte.

Si bien es cierto, como apunta Abbagnano en su *Diccionario de filosofía*: “desde la Antigüedad los fenómenos de la vida se han caracterizado a partir de su capacidad de auto-producción, es decir, a partir de su espontaneidad por la cual los seres vivientes se mueven, se nutren, crecen, se reproducen y mueren [...]”, lo verdaderamente inquietante se desprende de la conciencia humana y de las situaciones que brotan en la condición espacio-temporal de este proceso.

Aquí el hombre se enfrenta a lo que Blanco Regueira denomina: *condición insapiente*. Ápice de donde parte el inquirir filosófico. Punto de arranque de toda una gama de esfuerzos incansables por hallar el fundamento que hace mover el mundo y que, junto con él, arrastra al hombre hasta ubicarlo ante el ineluctable dilema de tolerar su desconocimiento o luchar, de manera interminable, por encontrar la luz de sabiduría que le permita, a través de una fugaz refracción, desengañarse y alumbrar el sendero por el cual intenta abrirse paso.

De esta manera, Mijail Malishev muestra en *Entre vivencias e ideales (ensayos filosóficos y literarios)* el decurso de fenómenos vivenciales que han exigido al hombre, a lo largo de la historia, un continuo inquirir que sigue en marcha. Escudriñamiento que necesariamente obliga a retomar los grandes enigmas que nos envuelven: vida, amor, culpa, belleza, esperanza, dolor, angustia, muerte...

Bajo este matiz y a lo largo de una colección de ensayos que se estructuran de manera independiente y permiten una



lectura enriquecedora y ágil, Malishev se propone, por una parte, demostrar con entereza cómo la literatura rusa –y por ende el desarrollo filosófico– no sucumbió ante el espejismo de un régimen inflexible que hizo de su dogmatismo una doctrina y de su ilusoria solidez un sistema: el socialismo. Por otra parte, busca brindar los elementos necesarios para asimilar las obras de pensadores anteriores a nuestra época, pues intenta absorber sus legados e incluirlos en nuestro tiempo. Tiempo exacerbado por una racionalidad que coloca nuestra existencia en un edificio sobre naipes.

En este sentido, la vida más plenamente vivida es aquella que abarca el mayor número de sucesos y pasiones. De tal suerte que hablar de los extre-

Germán Iván Martínez Gómez. Alumno del sexto semestre de la licenciatura en Filosofía de la Facultad de Humanidades. Ha publicado en diversas publicaciones locales.



mos existenciales en los que se ubica el hombre no sea un ejercicio estéril sino la muestra tangible de un intento justo por acercarnos a nosotros mismos. Ir desde la vacuidad que origina “cierta falsedad del mundo” hasta la exaltación de la vida a través de la creación artística; partir desde el nihilismo extremo del que da muestra Dostoievski, en su novela *Demonios*, hasta el comprometedor estado de responsabilidad que aconseja Sartre; producto de una íntegra libertad humana, no hacen sino dar cuenta de este empeño humano por aproximarse a su propio entendimiento, corazón y voluntad.

Para tal empresa, la filosofía debe mirarse como esa indagación voluntaria y consciente que, como observa Malishev, “[...] encuentra en lo problemático e indeterminado su objeto verdadero”. Al mismo tiempo, es preciso retomar la exhortación epicúrea que reza: “ni el joven dilate el filosofar, ni el viejo de filosofar se fastidie; [porque] quien dice, o que no ha llegado el tiempo de filosofar, o que ya se ha pasado, es semejante a quien dice que no ha llegado el tiempo de buscar la felicidad, o que ya se ha pasado”. Porque el filósofo es un sabio atormentado, conocedor de su dolor y sus limitaciones, pero también poseedor de la capacidad de controlar y limar las asperezas que brotan de la imperfección. El filósofo es el hombre que dirige su mirada hacia la plenitud y busca hacerse del conocimiento que permita soportar su marcha.

Así, hablar de los grandes conflictos que enfrenta la razón y el temperamento humanos contribuye a desvelar la enmarañada circunstancia a la que se sujeta el hombre como tal. Hombre de carne y hueso, concreto, inacabado, cuya ansiedad de existencia o hambre de inmortalidad —como lo ha señalado Miguel de Unamuno— lo fuerzan paulatinamente a romper el silencio del pensamiento y verter, a modo de desahogo, sus intenciones más recónditas en un medio que constituye una válvula de escape: la escritura.

Escritura que evidencia quizás una inteligencia erudita o una destreza en el uso del lenguaje; pero que, primordialmente, expresa la fija necesidad de hacer oír el dolor enmudecido y el sentimiento que, sumergidos en el sepulcro de la conciencia, emergen ahora para darse a la exposición franca y sincera. Situarse sobre el tapiz para *ponerse* a consideración. Otorgarse, escasa y desmañadamente, ante el juez que ha de sentenciar la impericia o elogiar la destreza en el laborioso arte de hacerse escuchar: el lector.

Es bajo esta estructura terca de conceptualizar el mundo como el literato y el filósofo o el filósofo-literato encuentra el vértice para romper la insonoridad solemne de su ser y bañarse de esa tozuda ambición de hallarse a sí mismo. En este sentido, Mijail Malishev señala cómo todo buen literato posee en su carácter una inherente fuerza filosófica. Y su obra retoma, entonces, una connotación que se origina en el conocimiento individual y que, progresivamente, conforma toda una visión del hombre y el mundo.

Entre vivencias e ideales es el ámbito en el que los seres humanos deambulamos. Por ello, la meta de nuestro autor radica no sólo en ejercer una descripción histórica del pensamiento filosófico y literario sino, a través de ella, analizar nuestras posibles raíces. Partir desde nosotros mismos y retornar hacia nuestros propios actos; someternos a experimentos de existencia; volvernos objeto de nuestro propio estudio y tener, de esta forma, la experiencia espiritual que dé paso a la cimentación de nuestro comportamiento y vislumbre el sentido callado de la vida. ○

Mijail Malishev, *Entre vivencias e ideales* (Ensayos filosóficos y literarios), UAEM, Lecturas Críticas 36, Toluca, 1997.